

Samuel A. Lillo

Las Mil y una Noches



ME han traído mis nietos el libro de los cuentos de Las Mil y una Noches y, ansiosos y contentos, en torno a mi sillón, escuchan las lecturas de sus imponderables leyendas y aventuras, de la maravillosa lámpara de Aladino y los viajes fantásticos de Simbad el Marino, los hechos de los magos y la filosofía repleta de bondad y de honda simpatía de aquel monarca sabio, justiciero y viril, Sultán de los creyentes que se llamó Al Raschid.

Mas sufro un desengaño porque, mientras yo leo, parece que a los niños indiferentes veo.

Pero, de pronto, suena un ruido de explosiones que el firmamento atruena. Vibran y se estremecen los vidrios de la casa: es un avión que pasa.

En tropel bullidor, al sentirse el estruendo,
salen hasta la calle mis oyentes corriendo;
y yo me quedo solo con el libro cerrado,
símbolo de una triste derrota del pasado.

Comprendo que a los niños no les atraiga ahora
ninguna maravilla fantástica de otrora:
ya disponen de máquinas y de alas volanderas,
la vida les entrega cumplidas las quimeras
que eran, para nosotros, consuelo y alegría,
y fuentes creadoras de luz y poesía,

Pero en la soledad de mi melancolía,
siento que, en mis recuerdos, yo llevo todavía,
como antes, la radiosa lámpara de Aladino,
y reanudo los viajes de Simbad el Marino.
Pero ya solamente puedo viajar en sueños,
en tanto que los niños son del mundo los dueños:
ellos lo tienen todo: juventud y cariño;
ellos son hoy los grandes; yo soy ahora el niño